



V DOMINGO DE CUARESMA *

**“Tampoco yo te condeno. Vete,
y en adelante no peques más”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 43,16-21; Filipenses 3, 8-14; Juan 8,1-11

Las lecturas de este domingo, aun sin mucha relación entre ellas, resultan muy significativas en este camino cuaresmal hacia la Pascua del Señor. La primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías, en torno al fin del destierro en Babilonia, anuncia la novedad que significará la liberación y la vuelta a la tierra: “¿No se acuerdan de lo pasado, ni caen la cuenta de lo antiguo? Pues he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocen?”. Una constante en la revelación y actuación de Dios es la irrupción de lo nuevo. Así proclama, casi al final, el Apocalipsis: “Luego, vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap.21,1). La fe en Dios vive en esta esperanza. El mundo, la historia humana no se encaminan a un final de fracaso y destrucción, aunque hoy nos aterre la proliferación de guerras, hambrunas y el gran negocio de armas cada vez más destructivas y, por otro lado, las predicciones del cambio climático y del calentamiento global. Pero la esperanza no significa una espera ciega e inerte, una especie de optimismo ingenuo, sino más bien una responsable toma de conciencia y una actividad que adelante y haga posible lo que esperamos. Hay signos, aunque apenas esbozados, de esa novedad que, por una parte, se afirma y, por otra, se reprime y niega. El texto de Isaías lo expresa: “ya está en marcha, ¿no lo reconocen?”. La esperanza, como virtud basada en la fe, limpia y aclara los ojos para ver e interpretar los esbozos de novedad en comportamientos, criterios, estilos de vida que implican solidaridad, afirmación de la justicia, transparencia y verdad, protagonismo y presencia de muchos considerados insignificantes, que hablan, se organizan, deciden. La esperanza brota desde abajo, desde los pequeños e insignificantes, desafiando un cierto pesimismo de los que se creen importantes y sabios. Caminamos hacia la Pascua, resurrección de Jesús y vida nueva, que ya despunta. Si no descubrimos y valoramos los pequeños indicios de novedad, quedamos sumergidos en un pesimismo sin salida.

Jesús, el Cristo, anuncia y vive esa novedad. En este domingo se nos propone un texto tomado del evangelio de Juan. Algunos se preguntan ¿qué hace y cómo llegó

* Ciclo C

este relato de Jesús y la mujer adúltera al cuarto evangelio? No todos los códices antiguos lo incluyen; parece más propio de la temática y del estilo de Lucas. Dejemos la tarea a los estudiosos especializados. El episodio está situado en Jerusalén, a donde Jesús había acudido por la solemne fiesta de las Tiendas (ver Jn.7). Una mañana estaba enseñando en el Templo y “todo el pueblo acudía a él”. Los escribas y los fariseos interrumpen presentándole “una mujer sorprendida en flagrante adulterio”, lo que era considerado una falta muy grave; y le recuerdan que según la ley de Moisés estas mujeres deben ser apedreadas. “¿Tú que dices?”. La pregunta era tramposa. “Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle”. La respuesta no fue menos sagaz y desafiante: “Aquél de ustedes que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. Cuando todos se habían retirado silenciosos y cabizbajos, Jesús se dirige a la mujer y le dice: “Yo tampoco te condeno”. Jesús no había venido a condenar, sino a salvar, como había aclarado en la conversación nocturna con Nicodemo (Jn. 3,17). Por eso le añade a la mujer: “Vete, y en adelante no peques más”. ¿Sería tan escueto el diálogo con la mujer, atribulada por haberse sentido descubierta y amenazada por los rigoristas escribas y fariseos? El texto no indica más, pero es fácil imaginar la alegría y la paz de aquella mujer que se sintió protegida y liberada, por la bondad del profeta galileo, de su propio sentimiento de culpa

Las valientes palabras de Jesús liberaban a la mujer de una doble opresión: la de sus acusadores, que hacían una interpretación injusta y machista de la sentencia de Moisés que, por cierto, condenaba igualmente al hombre y a la mujer que cometían adulterio; y de la propia opresión de su conciencia culpable. Jesús, diciéndole “en adelante no peques más”, la invita a sentirse libre de la condenación de los despiadados que se creen buenos y justos, y libre de su propia culpabilidad para mirar con un sentido nuevo su propia vida: que su pasado no la condene a vivir sin esperanza, hundida en su propio sentimiento de culpa. La mujer podía retirarse consolada y afirmada. Los fariseos habían querido cerrarle el camino, apedreándola hasta la muerte. Jesús le abre a un futuro de libertad y de esperanza.

El sentido de la cuaresma invita a la conversión, que no consiste tanto en sentirse culpable de los propios pecados, sino en confiar en el perdón liberador del Señor, que nos ofrece caminos de vida nueva. Cuaresma es un tiempo para el encuentro con Jesús que acoge, perdona y libera.

La segunda lectura está tomada de la Carta de Pablo a la comunidad eclesial que se reúne en Filipos, con la que se siente estrechamente vinculado. Quizá por eso el tono tan personal y confidencial de la carta. Trata de transmitirles más que una doctrina, la experiencia de su vida, lo que Cristo significa para él: “lo que para mí era ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo”. “Conocimiento” y algo más intenso y profundo: “ser hallado en él”, “el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos”. Confiesa ante esa comunidad preferida que “no que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera para alcanzarlo, como Cristo Jesús me alcanzó a mí”. Profunda expresión de su experiencia de fe: es el

reconocimiento de la gracia del Señor que se nos adelanta. Lo nuestro siempre es respuesta aunque nos parezca nuestra iniciativa.

Añade Pablo una decisión, que nos puede resultar muy conveniente en nuestro caminar, en el que a veces nos gana el desaliento: “una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante”. El Dios de la Biblia es el Dios de la promesa, el Dios que nos llama desde el futuro, que ofrece “cielos nuevos y tierra nueva”, Isaías nos decía en la primera lectura que lo nuevo ya está en marcha. “¿No lo reconocen?” No es cuestión de ingenuidad ante las dificultades del presente, sino de confianza y esperanza en la presencia liberadora del Señor en la historia y en nuestras propias vidas. La cuaresma es camino hacia la Pascua, que, si bien tuvo su viernes santo, encamina con seguridad hacia el domingo de resurrección. Es el fundamento de nuestra esperanza y confianza en el futuro. Lo confirman las palabras de Jesús a la mujer leídas en el evangelio: “Vete y en adelante no peques más”. Al proclamarlas en la asamblea dominical, reconocemos que podemos escucharlas y aplicarlas a nuestro caminar cotidiano siguiendo a Jesús. Son palabras de aliento para no dejarnos vencer por sentimientos de culpabilidad, sino para confiar en el llamado liberador del Señor.